

excelentemente, haciéndose simpático y notable en ellos por su figura delicada, airosa y noble ¹. Y añade este autor inglés y disidente, que en tal grado resaltaba la alteza de la figura, dignidad y maneras finísimas del Príncipe D. Felipe, que se ganaba y llevaba tras sí el favor y simpatías hasta de las damas y gente extraña que no le conocían, ni trataban de cerca. De suerte que se ve claro por autoridades graves, antiguas y modernas, españolas y extranjeras, que la figura de D. Felipe era esbelta, hermosa, elegante y digna de las miradas, simpatías y corazones de sus vasallos, de fuera y dentro de España.

III.

MAESTROS DEL PRÍNCIPE.

No cabe ya dudar sobre esto: que de los maestros y directores del Rey Prudente, el Arzobispo de Toledo D. Juan Martínez Siliceo se lleva la palma como primero y principal entre todos ellos; ya por el saber y ya por sus virtudes. Precisamente en el mes de Mayo de 1880 salió á luz en *La Ilustración Católica* de Madrid el retrato y biografía de aquel varón insigne por su dignidad y sabiduría. Acuda, pues, allí quien desee noticias y pormenores del Prelado extremeño, honra de la Universidad de París, teólogo de mucha fama en Alcalá y catedrático en Salamanca, maestro de D. Felipe II, Obispo de Cartagena, y por fin Cardenal Arzobispo de Toledo, á cuya altura le encumbró la Providencia divina desde la más humilde clase del pueblo. Para dicha y bien de la historia he hallado

¹ «Nor was he (el Rey) á passive spectator of these festivities: he was especially fond of dancing in which *his light and agile figure filled him to excel.*» Prescott: History of the reing of Philips the Second... Pág. 44, lib. 1.º, cap. II. London, 1855. ¿Quién no recuerda aquí el admirable y verdadero retrato del Príncipe, que, tomado del natural, dejó para gloria de España el pincel valiente y delicadísimo de Ticiano? Todo allí es elegancia española y severidad austriaca. Contéplase hoy en el Museo del Prado.

en el archivo del Colegio de Doncellas Nobles de la imperial ciudad, el nombramiento original del maestro de D. Felipe el Dr. D. Juan Martínez Siliceo. Hoy por vez primera, según creo, sale al público dominio en letras de molde tan curioso documento. Hélo ahí con la ortografía y el lenguaje en que se halla manuscrito:

«Nos el emperador de los rromanos, augusto rrey de ale-
»mania, la Reyna su madre y el mismo Rey su hijo, facemos
»saver á vos los nuestros mayordomo é contador mayores de
»la despensa é rrraciones de nuestra casa que nuestra merced é
»voluntad es de tomar y rrescibir por maestro del ilustrisimo
»príncipe D. Felipe nuestro muy caro é muy amado nieto é hijo
»para que le enseñe á leér i escrebir al maestro Juan Martínez
»de Silizeo ¹, é que aya é tenga de nos cient mill maravedis de
»quitación en cada un año porque vos mandamos que lo ponga-
»des é asentedes así en los nuestros libros é nominas que vos-
»otros teneys y le libreys los dichos maravedis este presente año
»lo que hubiere de aver por rrata desde el día de la fecha deste
»nuestro alvala fasta en el fin del, e donde en adelante en cada
»un año segund et quando et como libraredes á los otros ofi-
»ciales de nuestra casa las quitaciones que de nos tienen et
»asentad el traslado deste nuestro dicho alvala en los nuestros
»dichos libros et nominas que vosotros teneys, y este original
»sobre escrito e librado de vosotros tornad al dicho maestro
»Siliceo para que lo el tenga, por virtud del cual mandamoss
»que goze e se le guarden todas las honrras gracias mercedes
»franquezas libertades exsenciones preeminencias prerogativas

¹ El célebre humanista Cristóbal Coret, que tan admirablemente vertió en español el excelente libro de Luis Vives, intitulado los *Diálogos*, en la página 349 de la edición valenciana de 1749, apellida á Siliceo Juan Martínez de los Pedernales, y añade: «Este fué maestro del príncipe á quien Luis Vives dedicó esta obra: llamábase Juan Martín Pedernales, ú, de los Pedernales. El pedernal en latín se llama Silex. icis; de ahí formó Vives Siliceus, a, um.» El mismo Luis Vives en el dedicar sus *Diálogos*, obra recomendabilísima, á nuestro Príncipe don Felipe II, enalteciendo como merece al célebre Dr. Pedernales, escribe esta frase: «Cuius salus (la de España), sita est in tua probitate (del rey) ac sapientia: sed haec á *Joanne Martino Siliceo* institutore tuo et copiosius audies et crebrius.»

»e ynmunidades et otras cosas que por razon de ser maestro
 »del dicho y lustrisimo Principe deve aver e gozar e le deben
 »ser guardadas de todo bien et cumplidamente en guisa que le
 »non mengüe ende cosa alguna et non fagades ende al, fecha
 »en Valladolid á primero dia del mes de julio de mill et qui-
 »nientos et treynta et quatro añ's—Yo el Rey— Yo Francisco
 »de los Covos Comendador mayor de Leon Secretario de sus
 »cesareas y católicas magestades la fice escrebyr por su man-
 »dado—»¹.

De tan importante y viejo documento fácilmente se puede colegir la veneración y respeto que las cesáreas Majestades tenían y mandaban tributar al sabio sacerdote elegido libremente y sin miramientos al ateísmo de sociedades materializadas y pervertidas, para depositar en el corazón del Príncipe las primeras semillas de la religión divina y de las letras humanas. De las consideraciones habidas al célebre maestro por parte de la Corte nace el pensar cuán alta sería su ciencia, cuán sólida y profunda su virtud. Y como última consecuencia de todo ello resulta claro y manifiesto cómo la educación del Príncipe D. Felipe no anduvo jamás descuidada, ni un momento, ligereza y vano pensamiento de algún escritor, sinó harto ponderada y muy medida en la sustancia y en la forma por sus padres los Emperadores, por los Prelados, por los Grandes del Reino y por los Consejeros de Estado.

Muestra aún aquel mismo legajo, arriba citado, que conserva el referido archivo toledano, otro documento firmado por el Emperador y certificado por Cobos, que declara muy bien con cuánta perfección hubo de cumplir el maestro Siliceo su cargo de enseñar al vástago regio; porque poco tiempo transcurrido en el oficio, se le aumentaron sus haberes y se le nombró después Capellán mayor del Príncipe su discípulo. Léase aquí la parte de tal escrito que mejor cuadra á este propósito. Dice así: «Otros cient mill maravedis de ayuda de costa, por ende yo vos mando que le libreis este presente mio lo que

¹ Archivo del Colegio de Doncellas Nobles de Toledo (fundación benéfica y gloriosa del mismo Siliceo), legajo de títulos y otros documentos pertenecientes al Cardenal.

dellos huviere de haver porrata desde el día de la fecha desta mi cédula hasta fin del año.....»¹ En el nombramiento de Capellán Mayor, que también está allí mismo original, aparece aún más de relieve el aprecio y miramientos de que en los imperiales alcázares se hizo merecedor el clarísimo Siliceo. Lo testifica el documento de esta suerte: «Que acatando los muchos y buenos servicios que nos ha fecho y hace el Reverendo en Cristo P. D. Juan Martinez Siliceo, maestro que ha sido del dicho Príncipe², y sus buenas costumbres y doctrina, nuestra merced i voluntad es que de aquí adelante sea su Capellán mayor e que aya de salario los mismos dozientos mil maravedis de quitación et ayuda de costa que hasta aquí ha tenido con el dicho cargo de maestro.....»³

Quede apuntado ahora, porque después se tratará de nuevo, que la iniciativa de premiar los grandes méritos y virtudes del catedrático extremeño poniendo en su cabeza la mitra de Cartagena, y más tarde sobre sus hombros el gobierno de la Iglesia Primada de las Españas, partió del Príncipe y augusto discípulo. Los documentos en que aparece probada esta verdad andan ya desde el año antes dicho, publicados en la revista de letras y artes citada, *La Ilustración Católica*. Importa tener en cuenta y muy presente este hecho, porque es prueba de cómo el corazón del Rey Prudente no fué insensible y desagradecido, sinó magnánimo y generoso, como ya se verá.

El ayo principal, después de Siliceo, á cuyo cuidado estuvo asimismo encomendada la crianza del Príncipe D. Felipe, fué D. Juan de Zúñiga, á quien presenta la historia caballero muy noble, Comendador mayor de Castilla y del Consejo de Estado. El sabio Arzobispo de Toledo, Martínez Siliceo, enseñó á D. Felipe el amor y temor de Dios, que es ánima y esencia de toda sabiduría; á leer, escribir y hablar las lenguas castellana, latina, italiana y francesa. »Dellas, dice Cabrera, usó muy pocas veces, aunque muchas entendió con ellas, haciendo la castellana general y conocida en todo lo que alumbra el sol,

¹ Legajo y archivo citados.

² Era ya entonces el maestro Siliceo Obispo de Cartagena.

³ En el mismo archivo y legajo citados.

llevada por las banderas españolas vencedoras con envidia de la griega y latina, que no se extendieron tanto con doce partes»¹. Al mismo tiempo D. Juan de Zúñiga iba adiestrando al augusto Príncipe en el obrar con gallardía y haberse entre las gentes con semblante natural, gracia y gentileza cristiana².

CAPITULO II.

APLICACIÓN Y ADELANTOS CIENTÍFICOS DEL PRÍNCIPE.

I.

Lo saben y declaran quiénes tienen por misión enseñar y guiar jóvenes en los campos y camino de la ciencia. Los niños, desde que amanece en ellos el uso de la razón, manifiestan muy pronto la riqueza, ó pobreza de entendimiento que les ha de acompañar en el discurso de la vida. El Príncipe D. Felipe, en lo tocante á sus facultades intelectuales y morales, siendo aún de edad temprana, fué objeto de mucha admiración. Porque aventajó la penetración y vista de su alma á los años en grado tan sorprendente, que siendo aún de pocos años, discurría, estudiaba y comprendía como viejo; lo cual obligó al historiador Cabrera de Córdoba á declarar que el Príncipe D. Felipe dió muestras de su futura grandeza tan pronto, que le puso casa en el año sétimo su padre el Emperador³. La sutileza en el

¹ Luis Cabrera de Córdoba: *Felipe II*, Madrid, 1876, t. I, l. 1.º, c. I, pág. 4.

² Es hoy argumento de mucha ignorancia señalar en Felipe II, alma indiferente é insensible, porque la correspondencia interesantísima del Monarca con sus hijas desde Lisboa, publicada por Gachard, nos le ofrece como padre de grande ternura para con ellas y trato muy llano hasta con sus ínfimos criados, por quienes se interesaba vivamente, como lo prueban varios documentos de este libro y otros que ahora aparecerán en el que ya espera el público, y al cual llamaremos con el nombre de *Más Luz*, como queda dicho.

³ Luis Cabrera de Córdoba, *Don Felipe II*, lib. 1.º, cap. I. Cualquiera sabe lo que significa poner un rey casa, ó cuarto, con personal y servicio completo, á su hijo.

entender, el afán de lectura y el hambre de sabiduría que las Cesáreas Majestades y los del Consejo veían despertarse en el ánimo del Príncipe, fué motivo para buscarle manantial de doctrinas tan limpias y seguras como el nacido á la sazón de la cabeza de Martínez Siliceo. Regóse con él entonces el pecho de D. Felipe por disposición unánime de sus padres los Emperadores, del Cardenal Tavera, de buen recuerdo, del Duque de Alba y del Comendador de León, D. Francisco de los Cobos.

El libro muy conocido, intitulado *Primacia de la Santa Iglesia de Toledo*, apunta que la elección de Siliceo para ser ayo de D. Felipe, se debe en primer término á la Emperatriz su madre. Propuestos al efecto catedráticos de las Universidades más principales del reino; reducido á ocho, y después á tres el número de todos ellos, refiere aquella obra la elección del modo siguiente: «De los tres eligió la misma Emperatriz al maestro Siliceo para educar á su hijo D. Felipe, *el mayor monarca, el que legítimamente mereció el renombre de Prudente*, encomio que encierra en sí el colmo de las virtudes»¹. De suerte que el primer maestro escogido para Príncipe de tan pocos años y de tan rara capacidad, hubo de ser todo un teólogo, filósofo, matemático y muy conocedor de las lenguas clásicas latina y griega, con las otras de que arriba se hizo mérito. «Había estudiado, escribe el autor del mismo libro de *Primacia*, la caridad, ciencia principal á la que llamó San Pablo más que eminente, súpola introducir en el régio discípulo con tan gran destreza y suavidad, que en él han tenido que imitar y tendrán los que le sucedieren». Y después de ostentar debidamente el propio libro las demás virtudes y cualidades del celebrado Cardenal, añade allí mismo: «De la piedra de Siliceo bebió este gran Monarca en su principio. Gran felicidad fué alcanzar tal varon y maestro para tal discípulo. Cuál fué mayor, no se determinó aún»².

Y puesto que se ha tomado en las manos esta memorable obra sobre la primacia de la Iglesia toledana, no conviene dejarla hasta manifestar claramente cómo se hubo el Príncipe

¹ *Primacia de la Santa Iglesia de Toledo*, cap. XXXV.

² El mismo capítulo de la *Primacia*.